



POR QUÉ
NOS BENEFICIA
UN PAÍS MÁS
IGUALITARIO

DESIGUALDADES

RAYMUNDO M.
CAMPOS VÁZQUEZ

GRANO DE SAL

Desigualdades

Desigualdades

*Por qué nos beneficia
un país más igualitario*

RAYMUNDO M. CAMPOS VÁZQUEZ



Primera edición, 2022

Diseño de portada: León Muñoz Santini
y Andrea García Flores

Fotografía de solapa: Luis G. Vera

D. R. © 2022, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Río San Joaquín, edif. 12-b, int. 104, Lomas de Sotelo,
11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México

contacto@granodesal.com

www.granodesal.com  GranodeSal

 LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico — entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-99747-9-4 (Grano de Sal)

Índice

Prólogo, por GERARDO ESQUIVEL

Prefacio

1. ¿Por qué es importante combatir las desigualdades?
¿Cuántos tipos de desigualdad existen?
Las consecuencias económicas de la desigualdad
Las consecuencias sociales de la desigualdad
Las consecuencias políticas de la desigualdad
¿Qué tanto queremos cambiar la desigualdad en México?
Un nuevo contrato social
2. La desigualdad entre nosotros
Breve historia de la desigualdad
Medir la desigualdad
Estado fuerte
Conclusiones
3. Mexiquito y Mexicote
Diferencias recientes
¿Cómo ha cambiado el bienestar desde 1895?
¿En qué otros aspectos somos desiguales?
¿Por qué somos desiguales?
Conclusiones
4. ¿Por qué valoramos menos a las mujeres?
Diferencias en el mercado laboral

¿Por qué no hay una mayor participación de las mujeres en el mercado laboral?

La penalización por ser madre

Las cuotas de género... ¿son una solución?

Conclusiones

5. “Como te ven te tratan”

Diferencias étnicas

El tono de piel

Otras características físicas

Conclusión

6. La vida no vale nada

Mortalidad

Embarazo adolescente

Obesidad

Migración y remesas

Conclusiones

7. Naces pobre, mueres pobre

La realidad mexicana

El género y la movilidad social

El tono de piel y la movilidad social

Conclusiones

8. La reproducción de la desigualdad

¿Cómo pensamos que se perpetúa la desigualdad?

Dime qué tan rico eres y te diré qué habilidades tienes

¿Por qué se generan diferentes habilidades?

Conclusiones

9. Es posible cambiar

¿Qué tantos impuestos queremos?

El Estado a lo largo de nuestra vida

Conclusiones

Epílogo

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Abreviaturas](#)

Prólogo

La desigualdad es una característica de nuestra economía y sociedad de la cual se tiene conciencia al menos desde los inicios de México en tanto nación independiente. En su famoso *Ensayo político sobre la Nueva España*, Alexander von Humboldt describió a la perfección esta situación: “México es el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población”. A pesar de ello, durante mucho tiempo la discusión sobre la desigualdad en nuestro país como un problema económico o social fue un asunto infrecuente y mal visto. Por un lado, se pensaba que lo más relevante era la pobreza y, por el otro, se creía que hablar de la desigualdad contribuía a la división y polarización política. Para algunos, las críticas a la desigualdad existente se debían a la envidia que provocaba el éxito de las personas de mayores recursos.

Esta percepción adversa se nutría de una narrativa que predominó durante muchos años, en la que se insistía en que lo importante era crecer y que la distribución llegaría por sí sola. Esta visión, representada por lo que se conoce como *trickle down economics*, planteaba que los beneficios del crecimiento económico se distribuirían tarde o temprano en todas las capas y niveles de la población. Se decía que todo era cuestión de tiempo, que incluso era lógico que la desigualdad aumentara al principio, pero que con el tiempo el efecto derrame terminaría por beneficiar a todo el mundo.

Como es bien sabido, esa narrativa estaba equivocada. El crecimiento económico en México, además de mediocre, no ha sido incluyente, por lo que sus beneficios han tendido a concentrarse mientras que la desigualdad se perpetúa. En este contexto, resulta por demás relevante que en fechas recientes hayan proliferado los estudios que abordan la desigualdad en México en sus diversas dimensiones.

Desigualdades. Por qué nos beneficia un país más igualitario tiene la virtud de que no sólo habla de la magnitud o extensión de la desigualdad económica o social, sino que se detiene y profundiza en algunas de sus muy diversas manifestaciones. Así, por ejemplo, el libro aborda temas como la disparidad regional y de género, la discriminación y el racismo, la baja movilidad social y los mecanismos de reproducción de la desigualdad, entre otros. Todos los temas que se abordan en el presente libro son relevantes por sí solos. Sin embargo, *Desigualdades* ofrece una visión panorámica sobre estos aspectos y los integra en una visión de conjunto que nos lleva a reflexionar sobre los aspectos comunes a todos ellos.

Este libro es el producto y la síntesis del trabajo de muchos años por parte del autor. Raymundo M. Campos Vázquez es quizá el economista mexicano mejor capacitado para abordar con detalle y profundidad las distintas desigualdades que afectan y caracterizan a nuestro país. Su gran curiosidad intelectual y su infatigable apetito por conocer y entender mejor la economía mexicana lo han llevado a emprender una gran cantidad de estudios sobre diversos aspectos de la desigualdad en México. Acompañado por un buen número de colaboradores (entre los cuales tengo la enorme fortuna de estar incluido), Raymundo ha llevado a cabo diversas investigaciones que le permitieron tener una visión integral de la desigualdad en México y de sus diversas manifestaciones.

En ese mismo sentido, una virtud de su trabajo es que la mayor parte de las afirmaciones que se hacen en el libro

tienen un sólido sustento empírico y analítico, que proviene de manera fundamental, aunque no exclusivamente, de los propios estudios que han realizado Raymundo y sus coautores. Ahora bien, es importante señalar que esto no implica que el texto sea sólo un resumen o recapitulación de trabajos previos. Tampoco se trata de una síntesis de resultados econométricos con extensas discusiones dirigidas a un público de especialistas. En realidad, lo que hizo el autor es muy notable porque logró traducir todos estos resultados a un lenguaje accesible para los lectores en general. Más aún, a lo largo de este ensayo introduce comentarios o referencias derivadas de episodios históricos o de otras obras, de tal manera que la lectura del libro resulta bastante fluida e interesante. Cada capítulo viene acompañado de gráficas sencillas y muy bien elegidas que transmiten los resultados más relevantes de manera clara y fácil de entender.

El libro está estructurado de tal manera que los diferentes temas se concatenan con naturalidad. Raymundo comienza con una discusión sobre por qué es importante reducir la desigualdad. En este primer capítulo el autor describe los diversos tipos de desigualdad y sus consecuencias económicas, políticas y sociales. El capítulo cierra con una nota positiva: la gente en México no sólo es consciente del problema de la desigualdad, sino que desea y está dispuesta a corregirlo. En el capítulo 2 el autor presenta una breve historia de la desigualdad en México y discute aspectos relativos a su medición por parte de economistas y científicos sociales. El capítulo 3 se dedica a explorar las desigualdades regionales del país. El autor ilustra la creciente divergencia regional que se observa en los estados de la República y alerta sobre las implicaciones que esto tiene para el sostenimiento del pacto federal. Este tema no me parece menor y creo que es algo a lo que debemos poner más atención en el futuro.

El capítulo 4 se refiere a la desigualdad de género. Este capítulo es rico en evidencia empírica novedosa y plantea, entre otras cosas, la importancia de las cuotas de género como un mecanismo que puede contribuir a revertir la desigualdad que afecta a las mujeres. El capítulo hace énfasis en el papel de los estereotipos y las normas sociales en la generación de este tipo de desigualdad. El capítulo 5 analiza la discriminación por distintos aspectos relacionados con la apariencia física. Las diferentes secciones de este capítulo abordan las diferencias étnicas, el color de la piel y el sobrepeso. Todos estos temas se abordan haciendo referencia a estudios recientes que muestran con claridad la prevalencia de la discriminación en diversos ámbitos, incluido por supuesto el mercado laboral. El capítulo 6 se refiere a la relación entre desigualdad y diversos aspectos asociados a la calidad o nivel de vida. Aquí se analizan dimensiones como la mortalidad, el embarazo adolescente, la obesidad y la migración, todas ellas estrechamente relacionadas con la desigualdad económica y social observada en el país.

El capítulo 7 analiza la baja movilidad social. Esta característica implica que los que nacen pobres en México tienen una probabilidad muy alta de morir pobres. Este aspecto se relaciona de manera estrecha con algunos de los otros temas abordados en capítulos anteriores: las diferencias regionales, de género y por color de piel. El capítulo 8 habla de los mecanismos que reproducen la desigualdad y cómo éstos empiezan desde la infancia temprana y desde los hogares. Aquí también se discute el posible papel del Estado y su intervención en la disminución de los factores que reproducen la desigualdad. Por último, el capítulo 9 discute qué se puede hacer para cambiar el actual estado de las cosas. Se analiza una nueva política tributaria y el papel del Estado en su implementación, entre otros temas.

En general, se trata de un estupendo trabajo que sin duda aportará a un mejor entendimiento de diversos aspectos de las desigualdades prevalecientes en México. Así, sin caer en estridencias ni ofrecer soluciones mágicas al complejo problema de la desigualdad, Raymundo Campos ha escrito un trabajo que debería ser lectura obligatoria para cualquier científico social interesado en lo que sucede en México y, en general, para cualquier persona que quiera entender mejor a la sociedad mexicana y los retos que enfrenta en esta materia. A punto de cumplir dos años de vivir en medio de una pandemia, es posible que los problemas descritos en este libro sólo se hayan agudizado. Por lo mismo, la atención a estos temas, de por sí urgentes, es ahora más necesaria que nunca.

GERARDO ESQUIVEL
Enero, 2022
Tlalpan, Ciudad de México

Prefacio

México enfrenta desde hace más de 500 años un reto que no ha podido superar: las desigualdades. No podemos pasar más tiempo sin resolverlo. De no atacar de manera real y eficiente esta situación, será imposible un desarrollo económico tal que las y los mexicanos resulten beneficiados por igual; en especial las personas que viven en la pobreza. En este país, la movilidad social depende sobre todo de la región y la familia en las que se nace, así como del género y el aspecto físico. Mientras las oportunidades no se distribuyan por igual, no podremos elegir libremente qué persona queremos ser. Los insumos con los que nos enfrentamos a la vida determinan, en buena medida, el campo en el que jugaremos. Por eso el Estado desempeña un papel primordial para asegurar que el acceso y la calidad de esos insumos sea igual para todas y todos, sin importar dónde nacemos, dónde vivimos o cuál es nuestra elección de género. De continuar con la estrategia que hemos seguido como país desde hace tantos años, la disminución de las desigualdades y la pobreza seguirá en pausa. Como se argumentará a lo largo de este trabajo, si no logramos reducir las desigualdades, México podría dejar de existir tal como lo conocemos.

Por esta razón quise escribir este libro. Mi propósito es acercar al público general mexicano a los conocimientos y datos científicos de los que disponemos para entender las desigualdades. En las páginas que siguen, discuto

diferentes investigaciones, en particular las que he realizado en equipo con brillantes coautoras y coautores. Me disculpo de antemano por no incluir estudios valiosos de algunos otros investigadores, pero mi propósito no es ser exhaustivo. Capítulo a capítulo mezclo resultados con opiniones personales acerca de la situación económica y política del país. Para hacer más fluida la lectura, decidí no incluir notas al pie; sin embargo, las referencias bibliográficas y vínculos a publicaciones académicas especializadas de cada capítulo se reúnen al final de este volumen para quien decida ahondar más.

No hay obras perfectas. Si a lo largo de ésta hay imprecisiones, omisiones o errores, son todos responsabilidad mía. En particular, un tema que no trato, y que es de suma relevancia en lo que respecta a las desigualdades, es la crisis medioambiental. No la incluí porque no me considero lo suficientemente informado para aportar algo valioso a esa discusión.

La desigualdad excesiva afecta a la sociedad entera. Se suele pensar que sólo la resienten quienes se encuentran en situación de pobreza, pero los resultados científicos son contundentes: las desigualdades nos afectan a todos. En este libro argumento que podemos cambiar nuestro modelo de desarrollo económico por uno más incluyente y participativo, en el que todas las personas podamos prosperar. Éste debe ser un asunto de seguridad nacional. Para dejarlo claro de una vez: sostengo que debemos conseguir un mejor Estado si en verdad queremos lograr un progreso generalizado. No abogo por un capitalismo sin ninguna regulación, ni tampoco por un sistema comunista en el que el Estado lo controle todo. Por eso discuto las causas, consecuencias y remedios para las desigualdades que padecemos. La tesis es sencilla: para poder salir del laberinto de las desigualdades requerimos más Estado, que sea capaz, se fortalezca y cuente con una burocracia apartidista. Históricamente, el Estado mexicano ha carecido

de las dimensiones que le permitirían aminorar las desigualdades. Sus limitadas capacidades han afectado el potencial económico del país y nuestra vida diaria.

Otro aspecto del problema es el mercado: por sí solo no cambiará la situación del país ni tampoco la mejorará si seguimos haciendo las cosas de la misma manera en que lo hemos hecho durante décadas. El combate en contra de las desigualdades históricas se debe dar en el contexto de un Estado con recursos más cuantiosos y mejor utilizados, que provea mejores servicios públicos, tales como educación, salud, seguridad y transporte. También se debe mejorar la regulación del mercado de trabajo para asegurar que las oportunidades estén bien distribuidas. Sólo así los beneficios del desarrollo serán más justos y equitativos. Por una parte, el Estado debe asegurar una redistribución más efectiva, por medio de transferencias monetarias universales para niños, mujeres embarazadas y adultos mayores. Como sociedad, hemos de otorgar al Estado más recursos por medio de los impuestos, pues los que se pagan actualmente son insuficientes y, por lo tanto, poco provechosos para combatir las desigualdades, lo que a su vez genera desconfianza e incertidumbre sobre su efectividad.

A veces parece que estamos en un laberinto. Para salir de él necesitamos una burocracia apartidista, con una mejor representación política, además de un régimen de impuestos en el cual las personas más aventajadas de la sociedad contribuyan más en proporción a sus ingresos. La relevancia de lo anterior es ésta: el dinero que damos al Estado es de todos, no del partido político que gobierna. La sociedad debe sentirse representada políticamente. El aparato burocrático no debería abusar de su poder para beneficiar al partido en turno. Por otro lado, para que la sociedad acepte pagar más impuestos, se debe implementar un sistema fiscal en el que quienes tengan

ingresos más altos contribuyan más al financiamiento del Estado. Todo en su justa proporción.

Para lograr mi objetivo, organicé el libro en nueve capítulos. El primero explica por qué es importante estudiar y atacar las desigualdades: porque tienen costos económicos, sociales y políticos reales para todas las personas. El capítulo 2 repasa las desigualdades desde una perspectiva histórica que comienza un poco antes de la Colonia y llega hasta nuestros días. Allí se evidencia que no hemos podido resolver el problema de las desigualdades en toda nuestra historia, y que el poco o mucho crecimiento económico alcanzado en los últimos 500 años no ha cambiado de forma sustancial esa realidad. El capítulo 3 aborda las desigualdades regionales. Mientras no tengamos un país incluyente, el desarrollo económico no podrá beneficiar a todos sus habitantes por igual. Las entidades del sur del país aún son las más desaventajadas, como lo eran, al menos, desde el siglo XIX. Después de 130 años poco ha cambiado en este desequilibrio regional. De seguir así, la integridad territorial del país se verá cada vez más comprometida. El capítulo 4 explica las causas y consecuencias de la discriminación hacia las mujeres. Requerimos que más mujeres participen en el mercado laboral y necesitamos mejorar la legislación y otras normas sociales para lograrlo. El capítulo 5 discute la discriminación por características físicas. Tener un color de piel muy oscuro, así como padecer cierto grado de obesidad, afecta las oportunidades que una persona tiene. Se requiere de un combate más efectivo contra la discriminación. El capítulo 6 detalla las consecuencias de las desigualdades en términos de esperanza de vida, embarazo adolescente y obesidad. Estas consecuencias nos afectan a todos y no sólo a unas cuantas personas. El capítulo 7 explica el concepto de movilidad social y detalla lo que sabemos de ella. Los recursos económicos de nuestros padres o la región donde nacemos determinan en buena medida qué tan bien nos

puede ir en la vida, lo que suele resumirse en la frase popular “naces pobre, mueres pobres”. No debería ser así. El capítulo 8 explica por qué las desigualdades no han disminuido y, además, describe cómo se reproducen. Sin una acción decidida del Estado, resulta imposible que ese mecanismo cambie. Por último, el capítulo 9 propone diferentes medidas para disminuir las desigualdades en el país.

Los grandes logros y progresos de la humanidad se han alcanzado gracias a nuestra habilidad de cooperación. Cooperamos porque sabemos que podemos vivir mejor. Como nos recuerda Thomas Piketty en su libro *Capital e ideología*: “El combate por la igualdad y la educación es el que ha permitido el desarrollo económico y el progreso humano, y no la sacralización de la propiedad, la estabilidad y la desigualdad”. Nuestra concepción de “progreso humano” es que a toda la sociedad le vaya mejor, y no sólo a unas cuantas personas. Tal vez no haya mejor ejemplo actual que la vacuna contra la covid-19, que se obtuvo en un tiempo récord. De manera similar, todos debemos cooperar para tener un país mejor. Nuestra sociedad puede lograr hoy cambios sustanciales en las desigualdades y, con éstos, un verdadero progreso para que nadie se quede atrás.

1. ¿Por qué es importante combatir las desigualdades?

A principios de este siglo dio comienzo un debate fundamental para la sociedad que, de hecho, se resume en dos preguntas: ¿debe importarnos la desigualdad?, ¿debemos hacer algo para reducirla? La respuesta en ambos casos es un sí rotundo. No son pocas las ciencias que se han ocupado de estudiar la desigualdad a detalle y con profundidad —economía, sociología, psicología, biología, antropología, ciencia política y muchas más—. Todas estas disciplinas, a partir de diversos enfoques, llegan siempre a un mismo consenso: la desigualdad es nociva para la sociedad entera.

Pero no hace muchos años, la economía debía hacerse cargo principalmente del crecimiento económico, y la desigualdad no figuraba entre sus preocupaciones. El marco teórico de la economía y sus modelos matemáticos aseguraban que el mejor resultado se obtiene cuando el gobierno no se entromete en los mercados. Confiábamos tanto en esos modelos que creímos que la realidad debía ajustarse a ellos. Tanto era así que recuerdo a más de un profesor decir: “si el modelo no se ajusta a la realidad, peor para la realidad”. La enseñanza de la economía partía de esa premisa y quizá en muchas universidades aún se piensa así: el gobierno no es la solución a los problemas sociales, sino el problema mismo.

En la década de los ochenta del siglo pasado hubo cambios profundos en el mundo. Estados Unidos experimentó un proceso doble: la tasa de interés creció a

causa de un aumento en la inflación y hubo una caída general de los precios del petróleo. Esto desencadenó una crisis de deuda externa en América Latina, y México no fue la excepción. Tal era el escenario cuando el presidente José López Portillo —con su famosa frase “defender [el peso] como perro”— inauguró una década perdida para el país. Vinieron entonces los tiempos de Ronald Reagan, presidente de Estados Unidos, y Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido. Este par de mandatarios lideró un cambio revolucionario con base en la idea de que el gobierno debía intervenir lo menos posible en la economía y dejar que el mercado hiciera su trabajo, así como impulsar la austeridad en la provisión de los servicios públicos. Nuestro país también privatizó empresas del sector público y desreguló la actividad económica; cayó el porcentaje de trabajadores sindicalizados y el salario mínimo perdió valor adquisitivo. Además, se liberalizó la actividad comercial y se redujo la tasa de impuestos para las personas y las empresas. En suma, el Estado se redujo en tamaño y presencia.

Se creyó que estas medidas darían pie a un crecimiento económico generalizado y que las fuerzas del mercado se encargarían de que los beneficios alcanzaran para todos: el crecimiento crearía más empleos, elevaría los salarios, disminuiría la pobreza e incluso reduciría la desigualdad. También se nos hizo creer que estas políticas, favorables para los más ricos, serían las mejores para la economía en su conjunto; en verdad llegamos a pensar que el crecimiento económico beneficiaría a todos por igual.

Y tuvimos que aprender a la mala. “Acostúmbrese a no considerar nada por su aspecto, sino por su evidencia —aconseja el señor Jaggery a Pip, en la novela *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens—, no hay mejor regla que ésta”. La realidad es necia, pero está ahí para quien quiera verla. La economía se topó de frente con ella en la década de 1990, cuando llegó el momento de contrastar la teoría con los datos y las experiencias reales de las personas, las

empresas y los gobiernos. Por fin supimos qué políticas sí funcionan y cómo los actores modifican su conducta ante ellas. Los datos transformaron nuestra comprensión de la economía y surgió otro lema: “si los datos y el modelo no dicen lo mismo, tienes que escoger lo que dicen los datos sobre la realidad”, como le gusta repetir a Emmanuel Saez, uno de los referentes mundiales en finanzas públicas. ¿Y qué decían esos datos? En pocas palabras, que el crecimiento económico ha favorecido mucho más a quienes más tienen. No es que deba desecharse, pero la teoría conlleva un error muy grave: pensar que el crecimiento beneficia en automático a quienes viven en condición de pobreza y que es posible que la gente de los estratos bajos y medios ascienda a los altos (lo que se conoce como movilidad social). El error fue creer que el mercado, por sí mismo —sin regulación alguna, sin intervención del gobierno, sin la provisión de servicios públicos de calidad—, nos daría los mejores resultados. La evidencia nos golpeó de frente y entendimos que deberíamos partir de la premisa opuesta: para que el desarrollo económico sea incluyente, para que los beneficios del crecimiento se repartan de una manera más equitativa y se destinen en mayor proporción a las personas en situación de pobreza, se necesita una planeación rigurosa por parte del Estado.

A pesar de todo, persiste la creencia de que una alta injerencia del gobierno es dañina para la economía. La lógica de quienes se oponen a la redistribución es más o menos la siguiente: el gobierno, en efecto, tiene la capacidad de redistribuir, pero hacerlo supone un costo muy alto. El aumento de impuestos, en especial los que se aplican a los ricos, disminuye el potencial del crecimiento de la economía, lo que nos hace más pobres a todos. La idea proviene de un economista estadounidense llamado Arthur Okun, quien decía que el gasto del gobierno es como una cubeta llena de agujeros: mientras más grande la cubeta, más agua saldrá por los agujeros. La metáfora de Okun

todavía se usa para ilustrar las supuestas consecuencias de la redistribución de la riqueza. Por un lado, el gobierno sería muy ineficiente y perdería dinero a causa de la corrupción; por el otro, este tipo de políticas haría que los ricos generaran menos riqueza para no pagar tantos impuestos, y también que los pobres trabajaran menos porque recibirían ingresos “gratuitos” en forma de apoyos y transferencias. Cada uno de estos argumentos se basa en el supuesto de que la redistribución y la presencia del Estado sacrifican el crecimiento económico. Y así aparece una disyuntiva: podemos tener una cosa o la otra, pero no ambas a la vez. Por si fuera poco, el miedo a la pobreza que padecieron los habitantes de las naciones comunistas acompaña este razonamiento y lleva a la conclusión de que “no queda de otra, hay que aguantarse”.

Pero si estudiamos la evidencia y los datos que se han recopilado a lo largo de dos décadas, veremos que la realidad es otra y que el argumento corre en la dirección opuesta: la desigualdad es un obstáculo para el desarrollo económico incluyente. Promover y concentrarse exclusivamente en el crecimiento a cualquier costo es un error. No tenemos por qué elegir entre reducir la desigualdad o conseguir un mayor crecimiento, pues ambas acciones van de la mano, lo que importa es cómo emparejar ambos esfuerzos.

Hay otros prejuicios que han pesado mucho: la “pereza” que se fomenta cuando la gente en situación de pobreza recibe transferencias, o bien el desinterés que cunde entre los ricos por generar más riqueza ante políticas redistributivas fuertes. Varios estudios —entre ellos un libro como *El triunfo de la injusticia: cómo los ricos evaden impuestos y cómo hacer que paguen*, de Emmanuel Saez y Gabriel Zucman— muestran que en ningún país los ricos dejan de trabajar cuando los impuestos son altos: intentan eludirlos —aunque es poco lo que consiguen—, pero siguen generando riqueza. En 2019 Esther Duflo, ganadora del

premio en ciencias económicas del Banco de Suecia en memoria de Alfred Nobel (mejor conocido como premio Nobel de Economía), descubrió que la gente pobre tampoco deja de trabajar cuando recibe transferencias de dinero. De hecho, sucede lo contrario: un apoyo o una beca ayudan a que mejoren los ingresos futuros e incluso pueden utilizarse, por ejemplo, para emprender un negocio propio o para atender problemas de salud de cualquier tipo.

Ojalá fueran pocos los prejuicios que obstaculizan nuestra comprensión de la economía. Otro lugar común afirma que el gobierno no debe preocuparse por la desigualdad, sino sólo por disminuir la pobreza. Debe hacer esto último, pero no como único objetivo: la desigualdad importa porque nos afecta a todos. Un alto grado de desigualdad no es algo natural en ningún país ni algo a lo que haya que resignarse: la desigualdad es una decisión en política. Al respecto, y si nos comparamos con el resto del mundo, México tiene una de las peores redistribuciones del ingreso. En otras palabras, los ingresos que obtienen las personas antes de pagar impuestos y recibir transferencias, y después de hacerlo, son casi idénticos. En las naciones europeas, la redistribución es mucho más efectiva: los impuestos y las transferencias consiguen un aumento sustancial en el ingreso de los más pobres y, a la vez, se reduce el de los más ricos.

Este libro pretende explicar las causas y los efectos de la desigualdad, entre ellos, algunos aspectos que no se sospechan siquiera. La desigualdad tiene consecuencias para toda la sociedad, y pensar que no es así es un error. Aunque no lo parezca, la desigualdad afecta desde nuestras relaciones sociales hasta nuestra manera de pensar y, por supuesto, tiene injerencia en las decisiones que tomamos. Los mexicanos, de manera libre y democrática, habremos de decidir en qué tipo de sociedad queremos vivir. Aunque también se debe definir qué tamaño debe tener el Estado y cuántos impuestos deberíamos pagar, este trabajo se

concentra en la evidencia existente para responder la siguiente pregunta: ¿le conviene a México que el grado de desigualdad y la baja movilidad social que hoy tiene persistan en el futuro?

¿CUÁNTOS TIPOS DE DESIGUALDAD EXISTEN?

Hay varios tipos: de ingresos, de riqueza, de oportunidades y de trato. Éstas también se pueden caracterizar de acuerdo con las etapas de la vida económica de una persona: antes, durante y después de participar en el mercado laboral. Procuraré explicar cada una de ellas porque este libro aspira a considerarlas en conjunto. Podríamos pensar que sólo una importa, o que es más relevante que las demás; sin embargo, todas guardan una estrecha relación. Si deseamos que México sea un país más igualitario, debemos actuar para contrarrestarlas todas.

La desigualdad de ingresos, como su nombre lo dice, es la diferencia entre los ingresos que reciben distintos miembros de una sociedad. Para medirla, el indicador que más se utiliza es el llamado coeficiente de Gini, que es un número que va del 0 al 1. Cuando una medición se acerca a 0 significa que los miembros de un grupo tienen el mismo ingreso. Por el contrario, cuanto más se acerca al 1 quiere decir que una persona o muy pocas concentran todo el ingreso, mientras que las demás no tienen prácticamente nada. Desde 1990, la desigualdad de ingresos en México de acuerdo con el coeficiente de Gini se acerca a 0.5. Este nivel de desigualdad es altísimo en la escala internacional y similar al de otros países con desigualdad muy alta, como Brasil y Chile. En los países europeos, el coeficiente de Gini ronda 0.3 y en Estados Unidos es de 0.4.

Por otra parte, la desigualdad de riqueza se refiere a los activos financieros y no financieros que poseen las personas (casas, automóviles, dinero en cuentas bancarias). La

distinción es relevante: el ingreso es un flujo que recibimos cada cierto tiempo, mientras que la riqueza se acumula o disminuye. México nunca ha tenido una medida oficial de la desigualdad de riqueza; en los países que sí la miden, se ha encontrado que es mucho mayor que la desigualdad de ingresos. La razón no es un misterio: los ricos pueden acumular más riqueza con mayor facilidad. Si los más ricos pueden hacer que su riqueza crezca más rápido de lo que crece la de toda la sociedad, entonces se incrementa la desigualdad.

Un tercer tipo de desigualdad, la de oportunidades, se refiere a las ventajas de toda índole que las personas tienen a su alcance, o de las que carecen. Por ejemplo, ¿tienen o no una escuela o un hospital cerca de la localidad donde viven? Si los hay, ¿cuentan con la infraestructura adecuada? Si bien la educación y la salud son los primeros ejemplos que se vienen a la mente al pensar en oportunidades, no son los únicos. Crecer en una localidad segura, tener acceso al transporte público o recrearse en espacios públicos son factores que pueden condicionar una vida desde la edad más temprana. La desigualdad de oportunidades no se limita a las primeras etapas de la vida, sino que se extiende a la edad adulta y la vejez. Así como la seguridad y el transporte son fundamentales para la calidad de vida de niños, niñas y adolescentes, la adultez requiere de otras oportunidades, como el acceso al cuidado de los hijos, un trabajo bien remunerado o una pensión digna en el futuro.

Por último, la desigualdad de trato exacerba las anteriores desigualdades. El género, el tono de piel o las características del cuerpo de las personas pueden ser motivo de discriminación a la hora de acceder a un trabajo o a un crédito, o bien para recibir servicios públicos, entre otras circunstancias.

Hay otra idea equivocada de la desigualdad que sigue presente en el debate público: hay quien considera que el gobierno sólo debe ocuparse de las oportunidades, pero no

de los resultados de vida. No obstante, es muy sencillo comprender que si las personas tienen diferentes oportunidades —mismas que comienzan desde el vientre materno—, sus destinos serán distintos: una desigualdad propicia la otra. La acumulación excesiva de capital en una generación ocasiona una diferencia de oportunidades para la siguiente; dicho de otra manera, es imposible que nuestras hijas e hijos compitan en igualdad de circunstancias cuando hay diferencias en la educación (capital humano), las propiedades (capital físico) y los activos (capital financiero) que poseemos como padres y madres.

Ya se mencionó que la desigualdad afecta incluso cómo pensamos y tomamos decisiones. La acumulación excesiva de capital cambia la conducta de las personas, y no únicamente la de las más aventajadas. Por ejemplo, desde joven pensé en buscar otras oportunidades fuera del lugar en que nací, pues estaba seguro de que, si uno deseaba una carrera empresarial o incursionar en la política local, se requerían activos financieros y buenos contactos. Yo no los tenía, así que decidí dedicarme a otra cosa y cambiar de ciudad. No fui el único. Otros amigos de mi ciudad natal pensaron: ¿para qué competir, si el juego ya está arreglado? Cuando las diferencias de capital son tan evidentes, nos desmotivan y tienen un efecto mucho más profundo de lo que pensamos: influyen sobre nuestras ocupaciones, acotan la elección del lugar en donde viviremos y limitan nuestras aspiraciones.

Como podemos ver, ambas desigualdades, la de resultados y la de oportunidades, son relevantes: ayudan a decidir cuándo debe intervenir el Estado en nuestras vidas. Para facilitar el estudio, los economistas solemos dividir la vida en tres etapas. La primera es la etapa premercado y se refiere a las intervenciones gubernamentales que ocurren en la juventud, antes de que niñas, niños y adolescentes entren de lleno al mercado laboral. La segunda, la etapa de

mercado, se refiere a la participación del Estado en la vida adulta y productiva. La última, la etapa posmercado, se refiere al momento en que la intervención estatal se enfoca en las y los adultos mayores.

Quienes creen que sólo debe preocuparnos la desigualdad de oportunidades opinan que el gobierno debe limitarse a actuar en la etapa premercado y, sobre todo, en la educación y la salud durante la niñez y la juventud. No obstante, debemos empezar a ampliar nuestra comprensión de las oportunidades en esta etapa: las intervenciones premercado toman en cuenta la calidad de vida de los menores de edad, si pueden pasar tiempo con sus padres, si viven en hogares y colonias seguras, si tienen lugares de esparcimiento a su alcance, etcétera.

Continuemos con las otras etapas en las que el Estado también debe prestar atención. En cuanto a la adultez, conviene poner algunos temas sobre la mesa, sobre todo los que se refieren al mundo laboral. ¿Se debe legislar el salario mínimo? De ser así, ¿cuál es el nivel adecuado? ¿Cuántos meses se deben conceder para las licencias de paternidad y maternidad? ¿Cómo podemos erradicar la discriminación por género, edad y apariencia en los centros de trabajo? ¿Las y los empleados deben estar representados en los consejos de administración de las empresas de cierto tamaño? ¿Debe haber un porcentaje mínimo de mujeres en esos consejos?

En cuanto a la vejez también hay preguntas pendientes, por ejemplo, ¿debemos recuperar las pensiones? ¿Es responsabilidad del gobierno financiar la jubilación y el retiro de esta población? ¿Las personas de la tercera edad que trabajaron en el sector formal deben recibir transferencias o sólo quienes no lo hicieron, sin importar su condición socioeconómica? Confío en que estos cuestionamientos revelarán que la presencia del Estado es una necesidad en el transcurso de nuestras vidas.

LAS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DE LA DESIGUALDAD

Como ya se mencionó, durante mucho tiempo el pensamiento económico consideró que la desigualdad generaba incentivos para que las personas se esforzaran más y trabajaran mejor. Se decía que así era como se conseguía el incremento en la riqueza de un país. La lógica era la siguiente: la gente de los estratos medios detecta que los individuos de los estratos más altos perciben ingresos más elevados, y esto la induce a trabajar más para obtener un mayor ingreso. La producción aumenta y, al hacerlo, genera un mayor crecimiento económico. Suena razonable, ¿no? Son pocos quienes nunca han escuchado alguna prédica sobre las virtudes de la competencia.

Sin embargo, como ya se dijo también, la evidencia indica lo contrario: la desigualdad es un obstáculo para el crecimiento. Es imposible sostener el crecimiento económico si la desigualdad es alta. En el libro *Confronting Inequality. How Societies Can Choose Inclusive Growth* [Confrontar la desigualdad. Cómo las sociedades pueden optar por el crecimiento inclusivo], Jonathan D. Ostry, Prakash Loungani y Andrew Berg profundizan en el tema de manera detallada. Los autores descubrieron que las naciones que tienen una alta desigualdad son incapaces de mantener el crecimiento económico por muchos años, como lo hacen aquéllas con bajos índices de desigualdad. Y no fue lo único que encontraron. Su análisis muestra que, para crecer económicamente, la desigualdad desempeña un papel más relevante que la inversión extranjera directa, las políticas comerciales o las políticas institucionales.

Por si todo lo anterior fuera poco, la desigualdad también puede ocasionar inestabilidad política y social. Asimismo, genera incertidumbre que a su vez desanima las nuevas inversiones. Cuando el crecimiento beneficia a poca gente, se minan las bases para el crecimiento futuro, porque el

resto de la sociedad no tiene posibilidades económicas para consumir o para aventurarse a poner un negocio.

La desigualdad no sólo pone en riesgo al crecimiento sostenido de un país, también afecta su capacidad para reducir la pobreza. Los datos indican que en las sociedades más desiguales las personas tienen ingresos, niveles de educación, acceso a la salud y al crédito diferenciados, por mencionar sólo algunas de las principales disparidades. Por lo tanto, durante los periodos de crecimiento económico nacional, la gente en situación de pobreza se beneficia mucho menos que el resto. He aquí un ejemplo: México creció económicamente de 1992 a 2018, pero su nivel actual de pobreza es casi idéntico al de entonces.

Hace algunos años, Luis Monroy-Gómez-Franco, de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, y yo quisimos averiguar si el crecimiento económico de cada estado de la República mexicana lograba reducir la pobreza dentro de sus fronteras. Para investigarlo, usamos los datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) entre 2005 y 2014. Lo que vimos fue que el crecimiento sí tiene efectos en la pobreza de cada estado, pero éstos ocurren principalmente a raíz de los choques económicos negativos: si a las regiones les va muy mal en términos macroeconómicos, la pobreza aumenta. ¿Qué ocurre con la pobreza cuando el crecimiento estatal es positivo? El efecto es muy pequeño. Descubrimos, en general, que 22 estados con crecimiento económico han sido incapaces de reducir la pobreza en su territorio. Los 10 estados que sí lo han conseguido son los más ricos, o los menos desiguales. O para decirlo de manera más clara, el crecimiento en México no favorece a la gente más pobre. Tanta evidencia debería de erradicar de una vez por todas el consenso prevaleciente: no se trata de crecer por crecer, la economía misma nos exige dar más oportunidades y mejores resultados para todas y todos los mexicanos.